

bre de bien, y se entablan los pleitos con todos aquellos supuestos acreedores que eran otros tantos zánganos coludidos con el zángano principal para sacar aquel dinero á la viuda y arruinarla. Los pleitos siguieron con órden; y aunque los ganó la viuda hasta con costas, como los que figuraban de acreedores eran unos tahures desnudos de bienes, ella lo perdió todo: y como lo poco que le quedó no lo supo manejar por su suma tontera é ignorancia, á poco tiempo se vió reducida para todos sus gastos á solo los réditos de los capitales de sus hijos, quienes ya crecidos, por el ejemplo pésimo que habiau mamado, se prostituyeron, trataron á la madre con desprecio y tan mal, que se separó con sus desgraciados segundos hijos, se redujo al extremo de mendigar con estos el pan por las calles, y acabó su vida en la mas espantosa miseria ”

He contado la historia de la viuda: y como de estas escenas que el mundo nos presenta á cada paso debemos sacar fruto, te encargo Pudenciana, que no olvidando á la viuda y huyendo de su suerte, aproveches esa prudente franqueza de mi hijo Modesto, que quiere siempre estés impuesta de todos los negocios de tu casa, para que si le sobrevives, no tengas la infeliz necesidad de ponerte en manos de un perverso que te arruine, sino que puedas menejarte sola, y hacer la felicidad de tus hijos.

CAPITULO XX.

Violento y desastrado casamiento de Pomposa: ruina de su casa: prision de su marido: desengaño de quién era este, y prostitucion de madre é hija. Muerte del coronel.

Como D. Rodrigo instaba con urgencia á Eufrosina y Pomposita para que dieran su opinion sobre el modo de asegurar los bienes de la segunda, y como la primera ya tenia pedida y gastada la mayor parte de su haber, volvieron á determinar que se casara Pomposita con el primero que se presentara aunque no fuera título; pero como esto lo contaban á todo el mundo, porque no conocian lo que es prudencia ni discrecion, sus muy dignos contertulios apoyaron *tan juicioso pensamiento*, y se convinieron entre sí y con reserva, en buscar un hombre de tales tamaños que no se parara en pintas, y que tuviera para divertirse y gastar con toda la franqueza que ellos apetecian para devorar aquel capital, y no tardaron mucho en lograr todo lo que deseaban.

A pocos dias llegó á casa de Eufrosina el consabido oficial del manojito, diciendo á esta y á su hija que en la persona que le acompañaba, tenia el honor de presentarles al señor D. Raimundo Dedorro, marqués de Peña-Hermosa, que acababa de llegar de España con comision reservada del rey, y que

sabedor del raro mérito de Pomposita y su inimitable habilidad en el piano, canto, etc., había tenido empeño en venir á ponerse á sus órdenes. Aquí fué lo de todos los ofrecimientos de etiqueta: á poco se despidió el señor marqués, porque segun dijo tenia precision de estar en aquella hora con S. E. el virey, haciendo en medio de la sala setenta mil piruetas, y dirigiendo á nuestra Quijotita una mirada centelleante, que ella correspondió con otra muy dulce y expresiva.

Tan pronto como quedaron solas, Eufrosina dijo á Pomposa, que el señor marqués era muy apreciable, pues sobre ser título, tenia las buenas circunstancias de ser español, de buena edad, pues que no pasaria de treinta años, de recomendable figura, y de muy finos modales: y contestando la hija muy conforme en todo, Eufrosina prosiguió diciendo que un hombre como aquel era lo que deseaba para yerno, á que respondió Pomposita, "¿qué sabemos, mamá, lo que Dios dispone? El ha venido por casualidad á buen tiempo, él puede que no sea casado, él me ha mirado con interés, y yo luego le he tomado aficion."

Al dia siguiente á las doce, ya estaba de visita el señor marqués, que fué muy bien recibido, y como la madre *por... prudencia y sus ocupaciones* dejó á la hija sola con su señoría, ambos tuvieron las conversacion siguiente.—Señor marqués, ¿qué le parece á

usted el reino de México y su capital?—Señorita, lo poco que he visto es muy bueno.—¿Vino usted solo ó con su familia?—Solo, porque no tengo mas familia que mi mamá muy al borde del sepulero, y un hermano que quedó encargado de los negocios de casa.—Conque usted es soltero?—Se deja entender.—¿El marquesado de usted en qué provincia está vinculado?—Parte de las haciendas están en Extremadura, otras en Andalucía, y porcion de casas en la misma corte de Madrid, de las que tengo una muy hermosa de mi ordinaria habitacion á una cuadra distante del real palacio, y otra de campo, en el gran paseo que llaman el Prado.—Y usted habrá dejado por allá pendientes sus amorcillos.—No señorita, no he sabido lo que es amor hasta esta ciudad.—¿Ola! y de cuando acá está usted enamorado?—De ayer acá.—¿Y de quién, señor maqués? ¿qué muger feliz ha podido mover tan pronto ese corazon que nunca ha amado?—Señorita..... Usted si, usted es la que ha avasallado mi pecho, inspirándome una pasion tan violenta que no podré ya vivir si usted no me hace dichoso.—Pero, señor, usted tendrá que irse á España.—Y tan pronto como dentro de un mes—Pues entonces, ¿cómo.....?—Muy bien, vida mia: todo es que usted se resuelva á irse conmigo y en compañía de su mamá, á quien nunca dejaría yo, á la corte donde en medio de la abundan-

cia, disfrutarán ambas las satisfacciones y placeres que no ofrece México.—Tenga usted la bondad de permitir llame á mi mamá.—Con mucho gusto, señorita, y usted no me suplique sino mándeme con imperio.

Salí Pomposita y volvió luego con su madre que haciéndose repetir el coloquio, manifestó increíble contento, y entrando á tratar el casamiento quedó acordado en el acto mismo en estos términos. Que como el señor marqués por sus empleos en la corte, necesitaba licencia del rey, para no sufrir esa demora, y no esponerse, se casarian con dispensa de vanas lo mas reservado posible, y ocultando su título para que no llamase la atencion: y que como su comision terminaba pronto, y segun las órdenes de S. M. debia regresar luego á la Corte, realizarian pronto lo que perteneciese á Pomposita, y se marcharian antes de un mes para España. Todo quedó aprobado por aquellas locas y tontas, que tambien convinieron en no decir nada á mi tutor porque no viera al virey y embarazara el casamiento á pretexto de la falta de la real licencia, para no dejar, como ellas decian, el manejo de la testamentaria.

Tan pronto como quedó esto acordado, salió nuestro D. Raimundo, despues de mil requiebros y abrazos prodigados á madre é hija, inmediatamente con testigos falsos bien combinados, que nunca faltan

para esos casos, practicó todas las diligencias, y á los seis dias de haberse conocido estaban casados la Quijotita y su marqués.

En el mismo dia, Eufrosina mandó llamar al coronel, y previo un recibimiento seco y de proteccion, le dijo que su hija estaba casada con aquel caballero que le presentaba, y que por lo mismo procediese á entregarle los bienes. D. Rodrigo sin alterarse contestó que el caballero se presentase al juez de la testamentaria con certificacion del casamiento, y pidiendo la entrega de los bienes, que tan pronto como se le mandase haria efectiva. En el acto se hizo el escrito, se presentó, se proveyó, y en los dos dias siguientes quedó hecha la entrega de todo, y mi tutor suficientemente documentado de quedar ya libre de toda responsabilidad por la pureza de sus manejos y esactitud y claridad de sus cuentas, que no merecieron ningun reparo.

En el momento se buscó traspasador para el cajon y casa, diciendo el marqués que para quince dias que estarian ya en México, en cualquiera posada estaban bien, á lo que nada repugnaron aquellas bestias, que solo pensaban en irse á España, y *tener la dicha de conocer y besar la mano al Rey*, ser damas de la reina, y otra multitud de sandeces con que estaban aturdidas. Se traspasó cajon y casa; el señor marqués dijo que iba á reducir el dinero á letras paga-

deras en la Corte, con cuyo pretesto lo introdujo á una casucha que habia tomado dizque provisionalmente entre tanto se marchaban.

Toda esta bulla debia llamar la atencion, y fijarla muy particularmente en D. Raimundo, hasta que el comandante de la Ronda de capa que tenia órden del virey para prender á un gachupin que habian encargado de Madrid, y cuya filiacion tenia hacia mas de año, dió en conocer á nuestro señor marqués, y advirtiéndole en él todas las señas, á los veinte dias del casamiento, en la noche, despues de las doce, á cuya hora llegaba él diciendo que venia de dejar al virey, me lo atraparon al tocar su casa y lo llevaron á la real cárcel de corte, dando parte inmediatamente al virey, que haciéndolo comparecer á su presencia al siguiente dia, despues de llamar y ecsaminar á Eufrosina y Pomposita, se descubrió que el señor D. Raimundo Dedorvora, *marqués de Peña Hermosa, era un impostor* muy pícaro: que era un famoso fullero y *contrabandista* en Cádiz, de cuya cárcel se habia fugado por que estaba *próximo á ser decapitado* por muchos delitos y entre ellos por *tres homicidios y dos robos*, en que habia sido cómplice su muger legítima que estaba presa: que su verdadero nombre era Timoteo Pantoja, y que el dinero del traspaso del cajon y casa de Pomposa lo habian perdido en el juego entre él y otros amigos suyos á quienes se buscó y no pudieron pare-

cer, y solo si el oficial del manojito que lo llevó á la casa, quien se llamó á engañado, y el reo para salvarlo, así lo confesó. Se formó un proceso sobre los nuevos delitos de Pantoja, y se mandó á Cádiz, donde despues fué ajusticiado lo mismo que su muger. *De estos señores gachupines* nos vienen en docenas: unos se descubren y pagan, y otros pasan por fatiga y hacen entre nosotros grandes papeles.

Se deja conocer cómo quedarían Eufrosina y la infeliz Pomposita con tal pesadumbre, y tan avergonzadas, que se hicieron el ánimo de no volver á ver para nada al coronel, ni á nadie de su familia; y como el tal señor marqués las dejó tan sin blanca como sin recursos, la tonta y bribona madre, fácilmente se sometió á vivir á espensas del honor y conciencia de su hija, que despechada y sin esperanza alguna de casarse, por lo público que habia sido el escaso, se constituyó en una ramera que al principio vendia con alguna ventaja sus delinquentes favores, pero despues con la edad que aumentaba, y la enfermedad consiguiente á este ejercicio, se fué poniendo en un estado tan despreciable, que tuvo por necesario concurrir á los lupanares, descendiendo á proporcion hasta que fué á los mas miserables y asquerosos, dando de pilon, lo mismo que Eufrosina, en embriagarse, y en toda clase de prostitucion, en cuyo estado ya se nos ocultaron absolutamente, y ni mi tu-

tor ni nadie de su familia; ni yo, hicimos ya mas que encomendarlas a Dios.

El coronel desde las incomodidades que tuvo con Eufrosina y su hija Pomposa, comenzó á enfermarse del estómago, que no lo dejaba tranquilo arriba de uno ó dos dias para volver á molestarlo: el último suceso desgraciadísimo de aquellas mugeres y su posterior conducta, que llegó á saber y sintió muchísimo, lo fué poniendo peor, á pesar de que ya no volvió á mentar ni sus nombres, y todos teníamos cuidado de no recordarle nada. Así pasó dos años, aceptando por instancias y ruegos de su familia algunas medicinas, pues decia que su verdadera é invencible enfermedad eran los sesenta años que llevaba á cuestras.

Apenas entró el mes de marzo de 1821, cuando el cambio de estacion hizo en D. Rodrigo la mayor impresion, y aunque él por no afligir á su amable familia sacaba fuerzas de flaqueza, la naturaleza no le ayudó mas, y el dia dos ya no se pudo levantar: en el estómago nada le paraba, el pecho y las flemas le fatigaban demasiado. Cada uno de la familia propuso un médico: de todos se escogieron los tres mejores, y entre estos señaló mi tutor el que le inclinó mas, pues como en toda su vida no habia padecido enfermedad de cama, sino cosas ligeras que con remedios caseros se quitaban, nunca habia tenido ne-

cesidad de médico que se encargara de su naturaleza.

Toda la familia entró en el mayor cuidado y afliccion y mucho mas el dia seis, que estando todos rodeados de su cama, dijo que convencido de que el hombre no debe esperar á los últimos momentos de su vida para disponer de sus cosas, tenia hecho ya su testamento que estaba en la gaveta de su mesa: que en él declaraba, como era justo, que cuando casó no tenia mas que el rancho en precio muy bajo, que todo el aumento que tenía por la mejora de la casa, por la reunion de tierras que habia comprado, y agua que le habia metido, era todo gananciales durante su matrimonio, lo mismo que cantidad de onzas que tenia en unos secretos del estante de sus libros: que la mitad de todos los gananciales eran de Doña Matilde: que del quinto, separados los derechos del entierro y mandas forzosas, se hiciese una particion entre sus criados y sirvientes del rancho, á proporcion de sus familias y necesidades, muy particularmente á su honradísimo viejo y antiguo mayordomo Pascual, en justa remuneracion de su fidelidad y buenos servicios: que ya dejaba ordenado, y nuevamente encargaba á sus albaceas, que lo eran mancomunados Doña Matilde y D. Modesto, que su entierro fuera en el camposanto de Santa María sin pompa ninguna, y sobre lo que les estrechaba la

conciencia, siendo su universal heredera Pudenciana: que no dejaba mandado se dijese misas, porque sabiendo lo que aprovechan en vida, siempre habia procurado buscar eclesiásticos pobres que las dijeren por su intencion y la de su familia: y que á la piedad y amor de esta, dejaba los sufragios que quisieran hacer por su alma.

Esta manifestacion nos hizo á todos derramar abundantes lágrimas, y cada uno sin articular palabra se llegó á abrazarlo. Todos nos distribuimos las horas del dia y de la noche para asistirlo, y como hasta los chiquitos de Pudenciana rogaron con lágrimas les diesen parte en el cuidado de su amado papá grande, como siempre le decian, se les señaló una hora por la mañana y otra en la tarde, las que desempeñaban con tal amor, empeño y caridad, que á todos nos enternecian, y aun al enfermo, que rasados de agua sus ojos los acariciaba, besaba, y llenaba de bendiciones. La distribucion de horas fué inútil, porque aunque el que estaba de turno se estaba allí, todos iban con frecuencia á ver qué se le ofrecia y estarse largo tiempo, y particularmente las muy ejemplares Matilde y Pudenciana que á porfía se esmeraban en cumplir con su deber, y que no siendo bastantes nuestras persuasiones para que fueran á acostarse, no se conseguia hasta que el coronel se los mandaba, y entonces salian á la pieza in-

mediata, y se recostaban á dormir en un colchon que tenian allí con el objeto de no alejarse de su querido enfermo.

Era un asombro ver llegar á visitar al enfermo y su familia, multitud, de personas distinguidas por su religiosidad, singularizándose el coronel D. J. Y. O. que entonces era alcalde 1.^o quien á pesar de sus ocupaciones iba con frecuencia, y todos ofrecian sus servicios. De varios conventos y casas particulares le llevaron porcion de santos que mandó se le pusieran en una mesa frente de su cama; pero mas le llevaron el dia doce, y como tambien le mandó á S. Vicente Ferrer una parienta que tenia religiosa en la Concepcion, cuando metí la imágen, como me quedé allí un rato, me dijo como sonriéndose: "Querido Joaquin, esto está malo." Yo sobresaltado le pregunté ¿por qué?, y él con mucha calma me respondió: "Porque ya sabes, hijo mio, que el dia de todos Santos es víspera de Muertos." Ese dia por disposicion del facultativo se sacramentó con la mayor devocion.

Al siguiente que era en el que cabalmente cumplia los setenta años de edad, amaneció muy entero, y en la mañana nos hizo concebir las mejores esperanzas; pero dadas las doce, se fué poniendo mas malo, de manera que entramos en el mayor cuidado, y tanto, que D. Modesto mandó cerrar el cajon y que

se fueran á casa los cajeros. Todos acudimos, y mientras venia el médico que ya se habia mandado llamar, preveniamos para aliviarlo los remedios que allí estaban de la receta de la mañana; pero nuestro enfermo decia: "ningunos remedios hay contra la senectud, queridas prendas de mi alma: cuando la naturaleza aniquilada apuró todas sus fuerzas, el arte viene á ser inútil: ella lo puede todo sin él, y él, nada puede sin ella. El hielo de la vejez ocupa ya muchas partes de mi débil cuerpo, y es fuerza que se comuniquen hasta el corazon dentro de poco." Bien conoció esta verdad D. Modesto, y por lo mismo envió á llamar al Dr. R. que era íntimo de la casa, para que viniese como vino al momento, á tributar á su amigo el postrer obsequio. La amable esposa Matilde y la tierna hija Pudenciana mezclaban sus lágrimas suministrando al enfermo cuantos remedios pedia su deplorable estado, con tanta solicitud y desvelo, que el moribundo viejo exclamó: "¡Oh, y qué contento muero al verme rodeado de tantos verdaderos amigos, en los brazos de la mejor y mas ejemplar de las esposas, y de los mas amantes hijos. A todos los bendigo de corazon en nombre de Dios, y me voy con el consuelo de que por la virtud de mis hijos, no hago falta á mi adorada Matilde. ¡Eh! á Dios, amados míos, resignaos siempre en la voluntad de la Providencia Divina, y esperad la muerte

con tranquilidad, que ella os unirá á mí en la gloria que espero de la Divina misericordia." Así hablaba el virtuoso anciano en el momento de pasar á la eternidad. Hasta su postrer instante habló á todos los que rodeaban su lecho con la mayor presencia de ánimo; y aunque su voz iba debilitándose por grados, no le faltó enteramente hasta el último suspiro, que exhaló en punto de las tres de la tarde, dia mártes.

Entonces se manifestó en un grito horrible el dolor agudo que el silencio habia sofocado en el fondo de los corazones. Todos llorábamos con profusion negándonos á todo consuelo. Pero cuando D. Modesto y yo algo desahogamos, por su órden se dispuso el entierro, segun lo dejó prevenido el difunto, y se hizo el dia siguiente sin faltar á su voluntad; mas para pagar el debido tributo al amor y á la virtud se levantó sobre el sepulcro una tumba, sobre la cual en una losa se grabó el siguiente

EPITAFIO.

En la inerte ceniza que reserva
El breve hueco de esta losa helada,
De un volcán de piedad acrisolada
El pábulo dichoso se conserva.

Aunque su llama por la furia acerba
De la Parca, parece sofocada,

Allá en el firmamento colocada,
 Está burlando su intencion proterva.
 Muevan, espectador, tu triste llanto,
 Un sol de caridad enardecida,
 Un héroe de virtud acreditada:
 Un varon justo, religioso y santo,
 Un modelo ejemplar de buena vida,
 Un todo de piedad que ya hoy es nada.

CAPITULO XXI Y ULTIMO.

*Duelo de la familia del coronel, y gran trato de su viuda.
 Noticia de Pomposita y su muerte.*

Como mi tutor fué tan bueno, al tanto lo sintieron todos, particularmente y con justicia su familia. Esta lo lloró largo tiempo, haciendo en sufragio de su alma y por su memoria, muchas obras de caridad cristiana. D. Modesto, Pudenciana y sus hijos redoblaron su amor y cuidado hácia Doña Matilde, y recibia esta tantas demostraciones de todos, que decia á sus amigas: "Ya no tengo fuerzas para soportar y agradecer el cúmulo de bienes que hacen llover sobre mí mis hijos. ¡Ojalá estuviera en su poder resucitarme á mi amadísimo esposo!" D. Modesto trató de llenar su deber de albacea, solo por cumplir y nunca por pensar en la division; pero Doña

Matilde no quiso que hiciera inventario de los bienes, sino que todo lo dejó en manos de sus hijos, diciéndoles que eran dueños de todo: estos la cuidaban y contemplaban al pensamiento, sin dejarle desear nada ni un momento, y haciendo que todo el mundo la tratara y respetara como la madre y cabeza de toda la familia.

De este modo habia vivido largos cuatro años aquella virtuosa familia, llena de felicidad, solo suspirando por D. Rodrigo y deseando saber de Eufrosina y Pomposita, de quienes no habia la mas ligera noticia: cuando una mañana que estaban almorzando, el criado avisó que afuera estaba una muger que decia llevaba un recado importante: y diciéndole que entrase, vieron una vieja, cuyo semblante, y andrajoso y sucio vestido representaban la misma miseria, la que sin detenerse dijo: "Señoritas, les vengo avisar, allán casa asiocho dias que esta muy mala, y yo como probe no tengo para los remedios, no mas tantito atole le doy á ña Tontosita." No acabaron de oír este disparate, sin conocer que se trataba de Pomposa y concibiendo el estado infeliz en que estaria, en el momento se dejó lo que faltaba del almuerzo, y parándose D. Modesto como distraido, gritó: "Que saquen el coche, y vamos por mi hermana Pomposita." Las señoras preguntaron á la muger si estaba tambien con ella la madre de la enferma,

y ella contestó: "Conque croque dicen que ya se murió." Salió el coche, montamos D. Modesto, las dos señoras y yo, pues aunque se hizo instancia á la muger para que subiera, no se pudo conseguir, y se fué á pié guiando al cochero, porque no sabia dar las señas de su casa, y nos condujo á una accesoria del callejon de la Chiquihuitera, en donde sin mas ajuar que el *tlecuili* y tres *tepalcales*, encontramos á la desventurada Pomposita, en una cama que formaban dos petates de tule rotos, en el suelo, cubierta con asquerosísimos andrajos, y hecha un esqueleto, de manera que no la habriamos conocido, si ella no hubiera rompido en un fuerte llanto luego que nos vió, llamando con voz dolorida y penetrante á todos y cada uno, pidiendo por amor de Dios que olvidásemos su conducta y le tuviésemos compasion. Doña Matilde y Pudenciana sin asco á su deplorable estado, ni temer á la enfermedad, se arrojaron á aquel miserable lecho, y llenándola de abrazos, le manifestaron que nunca podian olvidar lo que les pertenecia, y que procurarian tratarla sugun su deber, y que de su conducta no se acordase mas que para arrepentirse de ella, y pedirle á Dios perdon.

Mirando que, á lo que parecia, no estaba en disposicion de que se pudiera mover, se mandó al cochero fuera violentamente por el Dr. G.... y como entretanto, deseosos de saber de Eufrosina, pr. guntá-

ron por ella á la enferma, dando esta un profundo suspiro y como ahogándose en su pecho un acerbo dolor, exclamó: "¡Ay, mi madre infeliz, causa primaria de nuestros males, ya no ecsiste! ¡Ella ha dado cuenta de sus dias y de los mios, en el tremendo tribunal de la Divina Justicia! murió hace dos meses en el hospital de San Andrés.... Todos estábamos anegados en llanto, y cuando algo nos serenamos, Pomposa prosiguió: "Aunque ustedes no pueden apreciar la historia de nuestros últimos dias, y sin embargo de que ella no es honrosa ni agradable, para que sirva de ejemplo y escarmiento á los padres de familia sin prudencia ni juicio, y á los jóvenes que con tiempo no aprovechan lo poco que se les enseña y las lecciones que da el mundo, pido á Dios me de aliento para poderla relatar aunque en breve, y á ustedes sufrimiento para escuchar procederés lamentables y vergonzosos. Ya saben hasta el casamiento que mi inconsiderada ligereza y vil interes de mi madre me hicieron celebrar con el perverso que hizo toda mi ruina. Pasado esto, como nos encontramos sin recurso, abandonadas de los buenos amigos, notoria y enormemente infamadas, ya no dimos ningun lugar á la reflexion, y despechadas, yo me prostituí con el apoyo de mi madre: y si los primeros dias pudimos vivir por medio tan inicuo y criminal, bien pronto fué menos

útil, porque yo desmerecía diariamente, y atacadas de hambre, nos relacionamos con públicas rameras con quienes concurri á toda clase de lupanares, descendiendo á proporcion hasta á los mas miserables. En uno de estos me comuniqué y trabé ilícita amistad con un soldado de Guanajuato, que desertó á poco tiempo con la mira de que nos fuéramos á su tierra, segun él decia; pero antes de esto combinado con un M. R. y otros tan malvados como él, hicieron un robo de consideracion, que mi madre y yo ocultábamos en la parte que tocaba al desertor: y como no tardara en descubrirse, nos prendieron y llevaron á la cárcel de corte, donde negamos nuestros nombres poniéndonos otros. Mi madre sobre su edad y anteriores padecimientos ya no pudo sufrir, como yo, en la prision las hambres, miserias, hediondez, y demas plagas de la cárcel: ya no pudo resistir, y cayendo á los seis meses muy mala en una cama de fiebre, tuve el dolor de verla salir para el hospital, y saber despues que habia muerto. Yo continué en la prision, donde me fui enfermado mas de lo que estaba, hasta que habrá quince dias que me mandaron poner en libertad, dándome por compurgada de la complicidad en el robo. Yo salí sin saber adonde iba, echando menos la compañía de mi madre, cuya falta me hizo conocer mas lo horrible de mi situacion, y sin discurrir el modo de remediarla, por

no tener ni á quien volver mis ojos, pues que la vergüenza no me dejaba buscar á ustedes ni queria volver á la prostitucion, andando maqñinalmente, al pasar por esta casa ví en la puerta á su duena, é inspirándome alguna confianza su estetior, le rogué me diera posada que con generosidad me franqueó al momento. Como por esta franqueza y caridad conque en medio de su pobreza me socorria con algun alimento se hiciera acreedora á mi confianza, le conté algo de mi vida, la muerte de mi madre y la familia á que pertenecia; pero rogándole que guardase secreto, pues que me moriria de vergüenza á la vista de ustedes. Mas ella que me ha visto mas enferma cada dia á resulta de mi conducta y padecimientos, habrá solicitado á ustedes y avisádoles por caridad. Dios sabe cómo y por qué ordena todos los acontecimientos del mundo. A mi no me toca mas que pedir á su Magestad me perdone mis innumerables culpas, y á ustedes los disgustos y pesares que les he dado....¡Oh muerte! ¡Qué terrible es tu aspecto para quien acibaró su vida con las vanidades é indigestos placeres del mundo, y que jamas levantó sinceramente el corazon á su Criador! ¡Oh si mis dias....!"

Desvaneciósse á estas palabras. Cayó privada, y quedó inmóvil por algunos instantes y sin sentido alguno. Volvió á poco pero la calentura se le habia agravao

notablemente y comenzaba á delirar, á tiempo que llegó el médico, y reconociéndola dijo que era traerle la muerte mas violenta, el sacarla de allí como queria su familia: que sobre un gálico irremediable, como lo decian bien claro las úlceras de boca y nariz, y las llagas de las piernas, tenia una fiebre voraz de que no podia escapar: que era necesario se asistiese allí, y que luego que se serenara un poco, se dispusiera y sacramentara. Recetó, y por disposicion de la familia repitió durante la tarde y la noche otras cuatro visitas.

Tan luego como D. Modesto y Pudenciana se enteraron del estado de gravedad de la enferma, montaron en el coche, quedándonos allí para lo que se ofreciera, Doña Matilde y yo: fueron á casa, y á poco volvieron trayendo en el mismo coche, colchon, ropa de cama, y camisas para la enferma, y los trastes necesarios para su asistencia y servicio, y á poco rato llegó el mozo con cargadores que traian mesa, sillas, bancos de cama, y lo que se creyó preciso. Todo el dia y la noche lo pasamos allí, menos Doña Matilde que por instancia de sus hijos que querian librarla de un contagio, á pretesto de que les hiciera favor de ir á cuidar de la casa y los niños, la hicieron irse en la noche, y volvió al dia siguiente temprano. La enferma amaneció mejor, y aprovechando el tiempo se dispuso lo mejor posible y se sacramentó y oleó; pe-

ro apenas acababa de recibir los auxilios espirituales, cuando se fué empeorando, y á las ocho de la noche, en medio de los mas vehementes dolores y agitación, auxiliada por los padres Camilos que se habian llamado, entregó su alma al Criador, dejando un patético y sensible ejemplo y escarmiento á las mugeres sin juicio que siguen las mismas ideas y conducta de la infeliz Pomposa.

Esa noche, dejando allí dos personas de confianza fuimos todos á dormir á casa, y al dia siguiente se dispuso el entierro como de una persona de la familia al que asistió un capitán que nunca se pudo saber quién era, pues solo concurrió, y se fué sin despedida, y muy triste. Se mandaron decir por su alma porcion de misas, y se sepultó en el panteon de S. Pablo, y en su sepulcro se puso el siguiente

EPITAFIO.

Detente y mira, viagero
Esta ceniza asquerosa
Que formaba de Pomposa
El atractivo hechicero.
Por él, abrió ella el sendero
Que la llevó al precipicio,
Desplomando un edificio
Que mas hubiera durado,
A no ser presipitado
Por la falta de buen juicio.

D. Modesto, de acuerdo con madre y esposa, para compensar su caridad á la pobre vieja que habia recogido y socorrido á Pomposa, le regaló la cama y cuanto habia llevado para su asistencia, le dieron alguna ropa y le señalaron un socorro de doce pesos cada mes. Así obraba esta ejemplar familia, que con los muy buenos principios que tuvo y supo aprovechar y sus naturales generosos sentimientos, hizo su felicidad, así como la de todas las personas que la rodeaban.

A pocos dias de la muerte de Pomposa, me encontré casualmente con dos colegiales que le pusieron el sobrenombre de Quijotita, que eran cabalmente Sanson Carrasco que ya era eclesiástico y cura de T... y el Zorro que estaba recibido de abogado, é impuestos del fin triste de Pomposa, y de lo que lo habia ocasionado, con aquel su humor alegre y bufon que no habian perdido, le compusieron un epitafio que decia así:

Quijota, ¿de qué sirvieron
Tus monadas y embelesos,
Si al fin reducida á huesos
Todas tus gracias se vieron?
¡En polvo se convirtieron
Tus formas tan esquisitas!
Desengaño, mugercitas,
Pensad con mas madurez,

tu lado, haz de modo que no encuentre en otras partes tantas gracias, modestia, dulzura y terneza como en tu casa.

Jóven casada: si deseas vivir en paz, evita el querer tener siempre razon con tu marido.

Sea la esposa, la hermana de su marido enfermo

Esposa ofendida: no seas vengativa. El perdon de una injuria embellece á la misma Vénus.

Yo que habia visto en la familia de Pomposa tan sensibles desengaños de lo que es el mundo, no queriendo experimentarlo mas, me dí por muerto.

FIN.